LAS DAMAS OSCURAS III: LA ORDEN DE LARA

MJ Marcos

LAS DAMAS OSCURAS III: LA ORDEN DE LARA

MJ Marcos

avant
editorial

Primera edición, junio de 2023
©MJ Marcos,2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19763-59-4

IBIC: FP
DEPÓSITO LEGAL: M-19581-2023

Dedicado a todos los lectores que habéis hecho posible
que Las Damas sean lo que son.

Para los que siempre estáis a mi lado compartiendo mis filias
y soportando mis fobias.

Y para el abuelo Manolo, porque nunca dejarás de estar.

BELTRÁN

Beltrán avanza con decisión a lo largo del interminable pasillo. No escudriña en ninguna otra dirección porque no hay nada que ver. Su verde mirada le abre camino y su armonioso y atractivo rostro luce sombrío. Camina con brío pese a que, a cada paso, acorta distancias con la cruda realidad a la que debe hacer frente. El amplio corredor se le antoja eterno. Se trata de un lugar lúgubre cuyas paredes y techos están recubiertos por azulejos de un blanco impoluto, sin ningún otro ornamento, tan solo la cegadora claridad en un entorno de sombras. Sobre el pulido mármol del suelo, de idéntico color, se refleja su esbelta e imponente silueta. El escritor viste un traje de chaqueta negro, sin corbata, y camisa también negra. Los tubos fluorescentes proyectan una poderosa luz que condiciona su visión, lo que le obliga a entornar la vista, ya que sus iris no lo soportan.

Beltrán llega, por fin, al final del pasillo. Atraviesa una puerta sobre la cual pende un cartel que reza: «Acceso restringido. Solo personal autorizado». Al otro lado halla una austeridad similar, pero con menor resplandor. Una mujer alta y morena, de cabello largo y rizado, le aguarda. Va vestida de manera informal, con vaqueros azules y camisa floreada en tonos violáceos; prendida a su blusa, una chapa revela su identidad: Dra. G. Lomas.

—Gloria… —Él se detiene a su lado.

El escritor le tiende la mano con cordialidad, aunque sin manifestar emoción alguna. Su semblante prescinde, de un tiempo a esta parte, de su arrebatadora e irresistible sonrisa; esa que, de manera natural, solía bailar en sus carnosos labios con deliciosa arrogancia al contemplar a una mujer guapa. Ella le corresponde estrechando su mano y acompañando el gesto con expresión afable.

—Beltrán. Me alegra verte. ¿Cómo estás?

Recorren juntos otro tramo más de pasillo. Él se desplaza con las manos en los bolsillos sin decir nada. Tras la pregunta, su vista se clava en la mujer sin intención alguna de responder.

—Leí en prensa lo que pasó… ¡Es horrible! —prosigue la mujer.

Él aprieta la mandíbula con furia, resistiéndose a pronunciarse.

—¿Sabes si…?

—¿Dónde está? —la interrumpe con sequedad.

Los ojos de la doctora le cuestionan, juzgando lo que ignora.

—En el módulo de aislamiento. Por aquí.

Beltrán sigue de cerca a Gloria. Conforme se aproximan, sus esmeraldas se tiñen de dolor y la zozobra —que no le ha abandonado durante las últimas semanas— estrangula todo su ser. Arruga ligeramente la frente y traga saliva luchando por disimular su desazón. La médico y el escritor andan acompañando, con su sepulcral silencio, la quietud del lugar. Al momento, dan con una puerta acorazada de color blanco, con una minúscula ventana de cristal de seguridad en el centro. El escritor toma aire y acerca su rostro al vidrio para inspeccionar lo que hay al otro lado. A través de tan pequeño resquicio, y con inconfesable amargura, la descubre a ella. Su hermana está acurrucada en un rincón de la habitación, con la mirada perdida y muy demacrada. Lomas posa su mano sobre el robusto hombro de Beltrán de un modo compasivo.

—Puedes pasar, si lo deseas. Supondrá un estímulo muy positivo para ella el verte, puesto que no le ha sido notificada tu llegada.

Beltrán se gira bruscamente para analizar a Gloria.

—¿Tiene constancia de algo? ¿Sabe dónde está, al menos?

Ella asiente lentamente.

—Lo sabe todo y es consecuente con... Bueno, precisamente quería hablarte de…

Él enarca una ceja con recelo.

—Nos ha contado… cosas.

—¿Cosas? —repite Beltrán de manera retórica—. ¿Qué clase de…?

—Todo a su tiempo. De momento, entra. Como te he dicho, ignora que estás aquí. Tu visita será una grata sorpresa.

Él centra sus atenciones, de nuevo, en la chica desvalida que vive encerrada en veinte metros cuadrados.

—Beltrán, ¿estás bien? —insiste Gloria rozando su brazo y clavando sus dedos en la musculatura de este. Él asiente y apoya su mano sobre la de ella, en señal de agradecimiento. Ambos se conocen desde hace tiempo, demasiado tiempo.

Tras unos segundos de espera, la mujer da media vuelta y se marcha dejando al escritor a solas con las secuelas de una vida difícil. Un ruido metálico le indica que la puerta acaba de ser desbloqueada; inmediatamente, se abre y él invade el espacio de su hermana. La chica ya no luce sus prendas de firma, ni su peinado de peluquería. Sus uñas no han sido tratadas en ningún salón de estética de lujo desde hace semanas. Bárbara lleva puesto el pijama reglamentario del centro.

La joven levanta la cabeza esperando encontrarse a alguno de sus médicos. Sin embargo, su semblante se transforma cuando se topa con su

hermano. Ensimismada, se aproxima a él lentamente, como si no fuese real. Entretanto, Beltrán permanece inmóvil junto a la puerta, sonriendo con aflicción; no soporta verla ahí otra vez.

—¡Beltrán!

La chica, gimoteando como una niña de cuatro años, se lanza a los brazos de su hermano que la recibe con ternura.

—Pequeña…

El escritor estrecha su frágil cuerpo entre sus potentes extremidades superiores; le besa el cabello y roza su mejilla contra la de ella. De pronto, percibe un sabor salado colándose entre sus labios. Bárbara ha comenzado a llorar. Él la toma por los hombros tratando de mirarla a los ojos pese a que, en su reflejo, vislumbra a otra mujer bien distinta. Sacude la cabeza para apartar esa imagen de su pensamiento e intenta concentrarse en su hermana.

—¿Qué tal te sientes? —inquiere con preocupación.

—¿Has venido a por mí? —replica esperanzada.

Él guarda silencio, suspirando profundamente.

—¿Cuándo me vas a sacar de esta mierda de sitio? ¿¡Cuándo!? —suplica con nerviosismo.

No existen respuestas para todos los interrogantes de la vida. En este caso, además, Beltrán no puede aportarle nada de información, puesto que ello empeoraría el estado de Bárbara. Y es que la chica ignora que su reingreso en el centro de salud mental ha sido la mejor alternativa posible para ella, dado que la otra opción…

—¿Sabes por qué hemos vuelto aquí? —le pregunta él con los ojos rebosantes de tristeza.

Ella se zafa de sus manos como si ardiesen.

—¿Es por «ella»? ¿Esa puta tiene la culpa de que yo esté encerrada? —chilla desquiciada, llevándose las manos a la cabeza y tirando de sus quebradizos mechones.

Beltrán toma aire con impotencia y se apresura a tranquilizarla. Le sujeta las manos con autoridad y firmeza, logrando que el arrebato cese por completo. Él ejerce un efecto casi mágico sobre ella, haciéndole acatar sus directrices sin rechistar. Enseguida, la joven se vuelve a abalanzar sobre su hermano al que se aferra con exasperación. En milésimas de segundo, su gesto ha mutado de diabólico a angelical, tan solo por el mero hecho de entrar en contacto con Beltrán.

—Te quiero…—murmura rozándose contra la piel de su rostro, con necesidad—. ¡Te quiero muchísimo! ¡Y no como esas zorras que solo buscan tu cuerpo, cual objeto de placer! ¡Yo te amo, Beltrán! ¡Te amo de verdad, mi vida!

Beltrán cierra los ojos sin dejar de abrazarla, maldiciendo internamente cada palabra suya. Traga saliva con aspereza, su pecho se hincha y deshincha como un globo. Con más energía, aprieta a su hermana contra su cuerpo

buscando silenciarla. De pronto, una voz femenina a través del altavoz que hay en la habitación —la cual es vigilada las veinticuatro horas mediante un circuito de cámaras—, le informa de que ha llegado el momento de despedirse.

—¡Que te follen, puta frígida! —grita Bárbara encarándose al aparato que emite un leve haz de luz roja.

La hermana de Beltrán se ensaña con el artilugio dedicando, a todo el que se halla detrás, un amplio repertorio de grotescos gestos que son condenados con severidad por su hermano, aunque sin verbalizarlo. El escritor está destrozado y hundido desde aquel fatídico día. Ya no le quedan fuerzas para reprenderla y mucho menos para hacerla entrar en razón. Lo cierto es que desearía zarandearla hasta arrancarle una confesión y el correspondiente arrepentimiento, algo que, por otro lado, nunca sucederá y tampoco cambiaría las cosas. Y es que Beltrán anhela, con toda su alma, que Bárbara pague por lo que hizo. Pero todo es inútil, puesto que su hermana es una enferma y Deby…

—Cuídate, por favor —le ruega encaminándose hacia la puerta.

Se marcha sin mirarla a los ojos porque, cuando lo hace, la ve a «ella». Con los restos de su corazón bailando en su interior, sale de la estancia y la puerta se vuelve a cerrar sin opción a nada más. Bárbara se queda petrificada dentro, con la cabeza ladeada y atisbando a través del pequeño cristal con una inquietante mueca dibujada en su rostro.

—¡No lamento nada!, ¡ella debía morir! —brama antes de que su hermano desaparezca de su vista. Este siente como un asfixiante nudo le estrangula impidiéndole respirar y replicar. La mirada de odio que le dedica a la mujer con la que comparte lazos de sangre es su única respuesta—. ¡Tú eres mío, mi amor! ¡Mataría y moriría por ti, Beltrán! ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo!

La chica grita mientras se rasga las vestiduras. El escritor, sumido en la más miserable de las congojas, le da la espalda y se aleja. Los desgarradores alaridos retumban, cual demenciales sollozos, entre las paredes del solitario pasillo.

—¡Te amo, Beltrán! ¡Te amo! ¡Ven a mí!

Las lágrimas se resisten a salir porque Beltrán está totalmente vacío.

—Y yo a ti, cariño. Pero no del modo que deseas.

Es de noche. Hace frío, mucho frío. El viento sopla con tanta fuerza que el silbido de los árboles parece un cántico demoníaco. Reparo en mis pies; estoy descalza en medio del bosque. Mi vista está anclada al suelo, tal y como «ellas» ordenan. La capucha me cubre la cabeza y me impide indagar más allá; la pesada toga se me antoja un yugo. No llevo nada debajo. Mi suave piel es castigada por el burdo tejido. ¡La sirena! Suena con fuerza y todas salen corriendo. Se adentran en el bosque como si este las fuera a cobijar. ¡Pobres infelices! ¡Se están metiendo en «la boca del lobo»! Una voz me chilla desde una distancia prudente; es una de «ellas». Me apremia para que imite a mis compañeras y avance con premura en la misma dirección. Lo hago, pero con el anhelo de que me atrapen lo antes posible y acabar con esta agonía de una vez por todas.

Mis rastros son cada vez más débiles. Estoy cansada de recorrer tanta distancia. Me detengo y escucho. Nada. No percibo a nadie pisándome los talones, así que me concedo un respiro. Me acomodo sobre una roca que sobresale frente a un pequeño lago. Observo la lámina de agua, distraída. Resulta hipnótica y muy tentadora. De pronto, siento la imperiosa necesidad de bañarme en ella, por lo que me desprendo de mi túnica y me sumerjo en el estanque. Para mi sorpresa, el agua está caliente. Comienzo a nadar, me recreo con cada movimiento. ¡Es toda una liberación! Mi cuerpo desnudo se desliza como si este fuera mi medio natural. Repentinamente, mi paz se turba cuando algo tira de mí desde las profundidades. Ahogo un grito al zambullirme sin esperarlo. «Eso» tira con rabia. ¡Trato de ascender, de salir a flote, de sobrevivir!, pero es en vano. Cuando toco fondo descubro a mi captor, que oculta su rostro. Forcejeamos y yo me resisto hasta que mi oxígeno se acaba. Entonces, una dolorosa presión en el pecho me indica que mis pulmones se están secando. Hago aspavientos con los brazos, luchando por burlar a la muerte. No puedo; mi opresor me lo impide. Al momento, vuelvo a tener frío, mucho más que antes. Las energías me están abandonando y ya no deseo seguir combatiendo, así que dejo que el destino decida por mí.

Y cuando creo que todo está perdido, alguien tira de mí hacia la superficie. Los mismos brazos que un día me arrastraron al pozo de mi perdición me han salvado la vida. Renazco en cuanto escucho su voz: «Quédate conmigo, Deby».

***

Me pesan los ojos. Estoy tan exhausta que me quedaría dormida un rato más, si no fuese por la voz que me anima a despertar. Intento elevar los párpados, pero me cuesta horrores. Las pesadillas han alterado mis últimos instantes de paz. Me hago la remolona hasta que, al final, opto por hacer caso a la vibrante gravedad. Abro los ojos e inspecciono a mi alrededor descubriendo un montón de rostros que, turbios, me contemplan con prudencia.

—¿Qué pasa? —balbuceo desperezándome—. ¡Ay! —me lamento al notar que algo limita los movimientos de mis extremidades. ¡Estoy conectada a no sé cuántos aparatos médicos!—. ¿Dónde estoy?

—Bienvenida, dormilona.

Trato de incorporarme, pero la voz frustra mis intenciones. Poco a poco, la nitidez regresa por completo a mi castaña mirada y es entonces cuando identifico a buena parte de los que me acompañan.

—¡Joder! —Doy un respingo al chocar con la risueña expresión de Miguel, mi «examigo».

—¡Ya era hora! —exclama él con amabilidad mientras yo le cuestiono con extrañeza.

—¡Debla, por Dios bendito!

Otra tonalidad mucho más familiar me distrae de mis pensamientos, que me interrogan sobre lo que ha sucedido para acabar en el hospital.

—¡Mamá! ¿Qué coño…?

—¡Debla! ¡No seas malhablada!

—¡Abigail, por favor! ¡Deja a la niña, que se acaba de despertar del coma y ya la estás torturando!

¿¿¿Qué??? Me levanto de golpe, derribando toda esa maquinaria médica, para analizar a los presentes en busca de una explicación. Mi padre, que es quien se ha pronunciado, también está conmigo, además de la histérica de mi madre y mi dulce yaya, que me observa con el alma en vilo. Del mismo modo lo hace Miguel, el doctor Romeu, «mi Miguel»; aquel con el que, durante un tiempo no muy lejano, compartí unos fluidos bien distintos a los que hoy se me inyectan por vía intravenosa.

—Yaya… —Estiro mi mano con nostalgia para tocarla. Ella se acerca a mí para recoger el testigo de mi abrazo.

—¡Ay, mi niña! ¡Si me hubieras hecho caso…! —se lamenta empañada.

—¡Madre! ¡No la agobie! —alza la voz mi progenitora.

—¡Mamá! —contraataco sin soltar a mi abuela, que tantas veces me advirtió de…

Repentinamente, mi cerebro resetea y me proporciona algunos vagos recuerdos que necesito para entender lo que está sucediendo. Con aterradora clarividencia, regresan a mi mente imágenes de aquel día: la pelea con

Olga y Bárbara; el encontronazo con Mónica… Roman y su revelación, la cual fue el desencadenante del caos.

El corazón —o lo poco que queda de él— se me encoge de dolor y me quejo en voz alta, llevándome una mano a esta parte de mi anatomía que tantos problemas me ha creado.

—¡Ah!

—¡Nenita! ¿Estás bien? —se alarma mi yaya.

—¡Doctor! —chilla mi madre, a pesar de que este se encuentra a su lado—. ¡A la niña le duele algo! ¿Es posible que sean secuelas irreversibles de…?

—¡Abigail! ¿Quieres no ser agorera? —la reprende mi padre.

Miguel se inclina sobre mí, sin prisas, dado que es consciente de mi mal. Está sentado a mi lado, al borde de la cama. Admiro su joven y bonito rostro. Me sonríe.

—¿Qué te notas, Deby? ¿Va todo bien por ahí dentro? —inquiere apoyando su mano en mi pecho bajo la estupefacta mirada de mi madre, que parece no aprobar las «confianzas» del médico.

—Desde luego que no —respondo con demoledora sinceridad.

—¿Ve, Doctor? ¡Algo malo sucede! ¿Será un infarto? —insiste mi progenitora con pesimismo.

—Claro que sucede algo, señora. Deby tiene roto el corazón.

Todos enmudecen. Mi madre mantiene los ojos muy abiertos como si, de un momento a otro, se le fueran a salir de las cuencas. Mi yaya aprieta los labios y mi padre se muestra desconcertado. Yo lanzo una inquisitiva mirada a Miguel —que él ignora con intención— por hacer saltar todas las alarmas en mi núcleo familiar.

—Trata de descansar, ¿vale? Señores, que tenga las visitas justas hasta que le repitamos las pruebas y nos cercioremos de que su cuerpo responde con normalidad —informa el doctor a todos los presentes, que asienten sin dudar.

Antes de marcharse, Miguel me guiña un ojo de un modo tan infantil como adorable.

—¡Espera! Necesito hablar contigo… a solas.

El médico se apoya contra el marco de la puerta con aire fanfarrón y yo frunzo el ceño. Afortunadamente, mi familia está muy «ocupada» peleándose entre sí y no han sido testigos de nuestra «complicidad».

—No es lo que piensas, así que ¡quítatelo de la cabeza!

—¡Lástima! —responde muy seguro de sí mismo—. Por favor, ¿les importaría esperar fuera mientras hablo con Debla?

—¿Qué tiene que decirle que no podamos escuchar nosotros? —La metomentodo de mi madre se postula en contra.

—¡Mamá! ¡Soy mayor de edad y tengo derecho a hablar con mi médico en privado! ¿Vale?

—¡Claro que sí, hija! ¡Venga, Abigail! ¡Tira para afuera!

Mi padre me echa un «capote» y mi yaya hace lo propio. A los pocos segundos, estamos solo él y yo.

—Miguel, en serio, ¿cómo he llegado hasta aquí?

Él deja escapar una risa socarrona para restar importancia a las causas que me han sumido en un sueño involuntario durante no sé ni cuánto.

—Desde luego que es serio. ¡Tres semanas, Deby! ¡Has estado en coma todo ese tiempo, cariño!

Se me congela la sangre y un escozor insoportable en la garganta desencadena una crisis aguda de tos.

—¿Qué? ¡No puede ser!

—¡Desde luego que sí, niña! ¡Estuviste a esto de irte al otro barrio de no ser por…!

—¿Por quién? —le instigo carraspeando.

—Por nadie.

—¡Miguel! —Me levanto de la cama tras desenchufar los cables que permanecían adheridos a mi cuerpo; las máquinas que me envuelven han empezado a pitar sin control—. ¿Por quién? —insisto acongojada.

—Beltrán dio el aviso al 112. Él te encontró.

La cabeza me da vueltas. Me tambaleo al escuchar su nombre; por poco caigo al suelo de no ser por la agilidad de Miguel, que me sujeta y me guía hasta la cama de nuevo. Beltrán… Una punzada atraviesa mi casi inexistente corazón. Beltrán… Lo di todo por él y lo perdí. Mi Beltrán, mi Señor… El amo de mi alma, de mi ser, de mi existencia. «Tuyo y de otras tantas, ¿o es que no recuerdas las palabras de Roman?». Mi vocecilla interior también se ha recuperado, muy a mi pesar. Desde luego que las recuerdo: «Beltrán es el líder de una secta sexual».

—Joder… —Mi corazón se lamenta otra vez. Un pinchazo me traspasa obligándome a retorcerme.

Miguel apoya su mano en el lugar aquejado como si ese sencillo gesto bastase para recomponer lo que danza en pedazos dentro de mí.

—Él… ¿se ha interesado por mí durante estas semanas?

Nuestras miradas impactan y la suya se enturbia preparándome para la cruda realidad.

—No, Deby. No ha venido a verte ni una sola vez.

Agacho la vista y varias lágrimas se fugan por debajo de los párpados para recordarme que lo que siento por él no cambiará pese a su crueldad, que también parece permanecer como siempre. Su indiferencia tras salvarme es más terrible que el destino al que habría hecho frente de no ser por él. Me odio por amarle, me detesto por pensar que todo podría ser diferente. Me siento estafada, una mártir del amor tóxico. «Lo vuestro no es amor, Deby», escupe mi vocecilla para rematarme.

—Deby, sabes que en mí sí puedes confiar. Si hay algo que quieras contarme… —añade Miguel sin despegar su mano de mí.

Clavo mis ojos en él mientras llevo mi mano al mismo lugar donde él ha depositado la suya. Me duele, resulta insoportable.

—No hay nada que debas saber, Miguel —le replico haciendo una mueca para cambiar de postura y minimizar la presión que me asfixia.

—Olga me explicó que lo vuestro había acabado. Es lo mejor, cielo, créeme. Tratándose de él, era de esperar tarde o temprano. Aunque lamento profundamente que te hayas convertido en otra de sus «víctimas».

De pronto, al percibir la vibración del término, la confesión de Roman se dilucida en mi mente con fuerza. «Víctimas». Víctimas reales. Algunas vivas, otras… Rompo a llorar y Miguel me abraza. No obstante, el pesar que me consume no es únicamente responsabilidad del hombre de mis pesadillas; culpo también a Miguel de mi desdicha porque él es parte de toda esta mierda. Me zafo de sus brazos y le golpeo con rabia. No se inmuta, permite que me desahogue. Tan solo se cubre ligeramente cuando mis ataques se ceban en su rostro. Al segundo, tres enfermeras acuden «al rescate» y me reducen en el acto. Entretanto, él permanece impasible observándome.

—¡Cabrón! ¿Qué valor tiene para ti la palabra de esa zorra? ¡Ella es la causante de todo, joder! ¡Igual que tú! —chillo rabiosa.

—Yo nunca deseé tu perdición, Debla.

—¡Pero permitiste que me hiciera daño! —grazno sin dejar de convulsionar, dificultando la tarea de las sanitarias que pugnan por atarme a la cama para que me sosiegue. Una de ellas ya está inyectando algo en la vía que llevo clavada en la vena del brazo izquierdo.

Mis padres y abuela entran en la habitación, alarmados por los gritos.

—¡Deby! ¿Qué le están haciendo a mi niñita? —Mi madre se enzarza con una de las enfermeras.

—¡Tranquilos! ¡No pasa nada! ¡Es normal que sufra ataques de ira tras el *shock*! —espeta Miguel sujetando a mi madre para separarla de la otra mujer.

—¿Ataques de ira? ¡Tu puta madre! —bramo empujando a la trabajadora de la salud para abalanzarme sobre el médico—. ¡Mentiroso de mierda!

—¡Debla!

La cara de mi progenitora es un poema —una mezcla de pavor y vergüenza—, al igual que la de mi padre. Tan solo mi abuela comprende y comparte mi brote psicótico.

—¡Vale! ¡Ya me relajo! Pero, ¡quítenme las manos de encima, joder! —exclamo dirigiéndome a las enfermeras que no paran de administrarme medicación.

Las tres mujeres se separan y miran a Miguel; este asiente y ellas abandonan el cuarto sin rechistar. Enseguida, la expresión de él se posa sobre

mí con prepotencia. Se aprovecha de su situación de poder, dado que nos encontramos en su territorio.

—No creas que no nos volveremos a ver… —escupo cegada por la furia.

—Eso espero —responde con altivez antes de cerrar la puerta.

***

Las horas en el hospital transcurren como condenas. Estoy con mi abuela en la habitación; mis padres han bajado a comer algo. Mi yaya se ha quedado «frita» leyendo un libro y yo me entretengo con el griterío de los contertulios de un programa de televisión vespertino. De pronto, alguien entra en la habitación sin llamar.

—¿Cómo está la mujer más guapa de la planta?

Sonrío a Jordan de oreja a oreja. Ahora, el marido de mi amiga Verónica es de las personas que más me alegro de ver. Le abrazo y él me corresponde apretando con la energía necesaria para hacerme saber que todo va bien. Estoy viva, milagrosamente viva, pero con un millón de incógnitas torturando la poca razón que me queda.

—¿Cómo te va, Jordan? —le suelto sin dejar de sonreír.

—¡Eh! ¡Que aquí las preguntas las hago yo, señorita! —bromea—. Déjame ver…

Jordan me apunta a los ojos con su pequeña linterna para examinarme. Después, me toma las pulsaciones y trastea varios de los aparatos a los que continúo conectada.

—A simple vista, todo parece indicar que evolucionas según lo previsto, o imprevisto, no sé… ¡Porque te has salvado de una buena, Deby! Aun así, debemos esperar a las pruebas de mañana a ver qué revelan.

Asiento y le vuelvo a dedicar otro gesto amable.

—Has tenido mucha suerte, Deb —insiste poniéndose serio y acomodándose a mi lado, en la cama—. De no haber sido por tu «amigo», estarías muerta.

Escuchar esas palabras en boca de un médico, y más tratándose de Jordan, resulta aterrador. Observo de soslayo a mi yayita, que sigue «en el séptimo cielo», consciente de que es mejor que no escuche esta conversación.

—¿Se supone que debo darle las gracias? —inquiero con cinismo—. ¿Y dónde está, por cierto? Ya sé que ha estado muy «ocupado» como para interesarse por mí —añado totalmente rota. Lucho sin remedio contra mi «yo» interno, que me exige pasar página del todo y olvidar a un hombre tan oscuro como peligroso, cuando en realidad lo que deseo es volverle a ver, una vez más al menos.

Jordan enarca una ceja con asombro.

—Técnicamente, eso no es cierto. No te voy a mentir, Deby; yo no. Él estuvo aquí varias veces, cada día. En ningún caso le permitieron verte. Ignoro qué tipo de información ha recibido tu familia por parte de tu médico, pero…

—Pero, ¿qué? —le cuestiono atropelladamente, incorporándome en la cama.

—Pero tus padres le hacen responsable de tu «accidente». Para que lo sepas, cariño, todo el mundo cree que trataste de suicidarte.

Me echo a temblar y la tensión se dispara hasta el punto de que un aparato empieza a pitar.

—¡Mentira, Jordan! ¡Tú sabes que yo nunca haría algo así!

—Relájate, Deby. Te creo, pero tu médico insiste en que es así y yo no puedo contradecir su diagnóstico.

—¿Mi médico? —Entorno la mirada—. ¿Miguel?

Jordan afirma con un movimiento de cabeza.

—Hijo de puta…

—Deby, él ha hablado con tus padres y ha señalado a Beltrán como el causante de tu depresión.

—¡Yo no estoy deprimida, maldito seas!

—Shhh. No levantes la voz, por favor. Respeto al doctor Romeu y lo considero amigo, aunque…

—¿Sí?

—Me da que existe *algo* que le impide ser objetivo contigo. No apruebo esa clase de conductas en un médico. No me malinterpretes, Deb. No me molesta que salgas con él y estás en todo tu derecho de «jugar» con quien te plazca. Me trae sin cuidado si vuestro rollo contempla varias «bandas». Pero desacreditar a otro para ganar terreno en la cama es sucio por su parte.

—¿Ganar terreno en la cama con respecto a Beltrán? —bufo de ira—. ¡Él nunca ha sido una de mis «bandas», joder! —miento obviando la etapa del «grupo».

Jordan me contempla con escepticismo.

—No estoy aquí para juzgarte, Deby. Tu sinceridad me sería de gran ayuda para…

—Primero me sinceraré con ese gilipollas —grazno totalmente enrabietada mientras me levanto de la cama después de ser conocedora de semejante manipulación por parte de Miguel. Está tratando de desterrar a Beltrán de un modo muy rastrero. Si alguien tiene la potestad para largarle de mi vida, esa soy yo.

—Deby… —Jordan me fuerza a tumbarme de nuevo—. No lo hagas.

—¿Quieres que permita que engañe a mi familia?

—No. Quiero que seas lista y que aproveches el embuste para descubrir la verdad. Y, por cierto, que no apruebe lo que ha hecho Miguel no significa que esté de parte de tu «amigo». Tengo mi propia opinión sobre él.

Nos analizamos. Sí, lo sé. También yo. Paradójicamente, lo que siento por él no ha cambiado tras descubrir aquello tan horrible que nunca debió suceder y que me separó de la vida y de él.

—Entonces, ¿Beltrán me salvó la vida?

—Así es. Él llamó a emergencias y Miguel atendió el aviso.

—¿Miguel me atendió… en casa?

Jordan confirma y yo, inevitablemente, rememoro cierta escena del pasado la cual no presencié, pero que conozco gracias a Miguel, precisamente. Es como si la historia de Magalí se repitiese en mí, aunque con distinto final, por el momento.

—Jordan, cuéntame cómo fue. ¿Qué me pasó?

Me encuentro con su mirada recelosa.

—Lo dábamos todo por perdido. —Sus ojos se empañan, evidencia clara de que él ha compartido la agonía con mis queridas amigas a las que me muero por ver, por cierto—. Estabas en la bañera… hundida en el fondo cuando él llegó.

Jordan traga saliva y yo hago lo mismo. Imaginar la estampa, siendo yo la protagonista, resulta tenebroso.

—¿Me sacó del fondo de la bañera?

Asiente nuevamente y su nuez vuelve a resbalar por su garganta con aspereza.

—¿No recuerdas nada, Deby? ¿Nada en absoluto?

Me quedo contemplando a mi amigo como si fuese transparente, tratando de vislumbrar más allá de su carne. Recuerdo frío, mucho frío y mareo. El cansancio y el sueño me vencieron de manera atroz. De pronto, asumo esas sensaciones como ya vividas. «¡Tu pesadilla! ¡La que tanto te atormentaba, en la que te ahogabas en aquella estación de metro fantasma!». Mi vocecilla me lo recuerda para que tome consciencia de los hechos.

—¿Comiste o bebiste algo fuera de lo normal aquella tarde? ¿Hiciste algo diferente? ¿Te alteraste hasta el punto de vivir un bloqueo?

—Yo, no…

—¿Estás segura?

Le miro sin decir nada.

—¿Lo estás? —me instiga dándome a entender que cuenta con información que yo desconozco.

—Jordan, yo… no lo sé. Aquel día fue el peor de toda mi vida. Ignoro si los acontecimientos acabaron conmigo o…

—¿O qué?

—O pasó algo más.

Hace un gesto afirmativo con la cabeza, con convicción.

—Yo no debería saber esto, por lo que confío en tu discreción, por favor. Pero, da la casualidad de que Fernando, de toxicología, juega al pádel conmigo y tenemos bastante confianza. Él, además, sabe que tú eres

la mejor amiga de mi mujer y que nos conocemos desde que éramos unos críos. Por todo ello…

—¡Cuéntame lo que sepas, te lo ruego! —le apremio con desesperación.

—Hallaron restos de sustancias en tus analíticas. Sustancias que no han llegado a tu sangre de manera deliberada. —Jordan se inclina ligeramente sobre mí y baja la voz—. Deby, si no trataste de quitarte la vida…

—¡Que no, joder! ¡Nadie ama la vida más que yo! Pero, ¡si ni tan siquiera tomo un triste paracetamol para el dolor de regla!

—Te creo. Aunque también me hago cargo de que el desamor puede hacernos perder la perspectiva. Tu «relación» con Beltrán, ¿pasaba por un buen momento?

—¿Y tu amigo de toxicología te ha dicho algo más? —replico con los ojos encharcados por culpa de su recuerdo, tratando de obviar la cuestión.

Jordan me observa con mayor interés. Sí, dice que me cree, pero tampoco destierra la opción del suicidio del todo.

—Todos pasamos por trances complicados que nos arrastran al abismo en determinadas ocasiones, Debla. No debes castigarte por ello. No has cometido ningún pecado.

—Tampoco he tratado de suicidarme —insisto muy seria secándome las lágrimas con la manga del pijama.

—Está bien. Entonces, solo nos queda una opción.

Mi pecho comienza a subir y a bajar enardecido. Él también se altera. Lo que está a punto de revelarme es una puta locura.

—En tu organismo aparecieron restos de una sustancia muy tóxica, un veneno, Deby. Arsénico, nada menos. De verdad, cuanto más te miro más convencido estoy de que tu presencia es un milagro.

Mi labio inferior comienza a temblar y mis manos le secundan, tal y como le sucede al resto de mi cuerpo. Mi garganta se estrecha y empiezo a jadear. ¡Me ahogo!

—¡Deby!, ¡Deby! ¿Qué sucede, preciosa?

Jordan me toma en brazos luchando para que me reponga. Como caídas del cielo, tres enfermeras acuden seguidas por mi médico, Miguel.

—Nosotros nos encargamos de ella, tío —le suelta mientras yo le observo con el aliento justo.

Jordan me analiza y me hace una seña para indicarme que estará pendiente de mí, tras lo que se marcha. Mi crisis respiratoria no dura mucho; remite en cuanto me inyectan algo y, poco a poco, recupero esa falsa paz a la que podría llegar a acostumbrarme gracias al cargamento de fármacos que domina mi cuerpo.

—Señorita, ¿nos lo tomamos con calma, por favor?

La insolencia de Miguel me repugna y le fustigo con una de mis peores expresiones. Inmediatamente, mi madre y mi padre irrumpen en el cuarto y mi abuela despierta de su letargo.

—Doctor, ¿va todo bien? —quieren saber con sus respectivos corazones asomándoles por la boca.

—Por favor. No hagáis dramas —bufo cerrando los ojos.

—¿Cómo te atreves a…?

—Señora, lo que menos le conviene a Debla ahora mismo es alterarse. Traten de descansar un poco. ¿Por qué no se marchan a casa? —Miguel les invita, amablemente, a dejar el hospital por unas horas para librarse de todos ellos.

—¿Y dejarla sola? —insiste incansable y testaruda mi madre.

Miguel abre la boca para replicar justo en el instante en que Jordan hace acto de presencia, nuevamente, en la habitación.

—No estará sola. Fuera hay tres «brujas» que se niegan a realizar su «aquelarre» sin esta joven de aquí —afirma guiñándome un ojo.

—¿Mis damas? ¿Están aquí mis chicas?

No puedo ocultar mi alegría. Ellas son las únicas capaces de devolverme la vida que se me escapó hace tres semanas.

Jordan abre la puerta de par en par y se hace a un lado. De un modo arrollador, mis «damas oscuras» entran en el cuarto, llorando. Se abrazan a mí y yo me sumo a sus lágrimas.

—¡Deby! —gimen aferradas.

No puedo ni hablar. Las respiro, beso y toco como si fuera la primera vez que las tengo conmigo.

—¡Joder, chicas!

—¡No nos vuelvas a dar un susto así!, ¿me oyes? —me reprende Meg.

—¡Casi aborto del disgusto! —exclama Verónica y yo me quedo petrificada al escucharla.

—¿Cómo dices? —Me separo y estudio su gesto, contraído por la emoción—. ¡Enhorabuena, guapa mía! ¡Y tú, campeón! ¡Qué calladito te lo tenías! —añado dirigiéndome a Jordan.

—No era el momento. Y le correspondía a tu amiga darte la noticia. Ahora, ya tenemos dos motivos para celebrar la vida —contesta él de manera adorable, abrazando a su mujer y apretando mi mano con afecto después.

Yo también estrujo a mi amiga con ansia, dedicando una expresión de gratitud a su esposo. ¡Por fin, una buena noticia para rebajar el nivel de tensión de la sala! Mis padres y abuela se aproximan a mi amiga para felicitarla por su estado de buena esperanza. De pronto, todo es dicha y algarabía a mi alrededor, salvo por Lucy. Mi «media mandarina» me contempla con su linda carita totalmente desencajada.

—Lucy… —Estiro mi mano para que ella la tome, aprovechando que el resto charla animadamente en torno a la futura mamá—. ¿Qué sucede, mi niña?

—¿Por qué lo hiciste? —gimotea—. ¿Por qué decidiste dejarnos?